





En sus comienzos, el mundo era muy pequeño.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Ortiz, Francisco, autor

Kaaliawiri, el árbol de la vida : relato Piapoco / Francisco Ortiz ; narrado por Freddy Rojas ; ilustraciones, Ciça Fittipaldi ; edición, Mauricio Gaviria Carvajal. -- Primera edición. -- Bogotá : Editorial Monigote, 2024.

68 páginas

ISBN 978-628-95240-8-6

1. Cuentos indígenas colombianos 2. Plantas cultivadas - Amazonía - Cuentos 3. Piapocos - Vida social y costumbres - Cuentos 4. Biodiversidad - Amazonía - Cuentos 5. Alimentos - Amazonía - Cuentos I. Rojas, Freddy II. Fittipaldi, Maria Ciça, 1952- , ilustradora III. Fittipaldi, Maria Ciça, 1952- , ilustradora.

CDD: Co863 ed. 23

CO-BoBN-a1136302



Kaaliawiri, el árbol de la vida
Primera edición, abril de 2024

© 2024 Francisco Ortiz, texto
© 2024 Ciça Fittipaldi, ilustraciones
© 2024 EDITORIAL MONIGOTE S. A. S, de esta edición
Bogotá, Colombia
www.editorialmonigote.com
contacto@editorialmonigote.com

La presente versión de *Kaaliawiri, el árbol de la vida* fue narrada por Freddy Rojas, recogida por Francisco Ortiz y editada por Mauricio Gaviria.

Edición: Mauricio Gaviria Carvajal
Ilustraciones y dirección de arte: Ciça Fittipaldi
Diseño de tapa y diagramación: Marlette Menezes
Fotografía: Paulo Rezende
Corrección de estilo: Gustavo Patiño Díaz
Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

ISBN 978-628-95240-8-6

Está prohibida la transmisión y la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma y en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

FRANCISCO ORTIZ

CIÇA FITTIPALDI

KAALIAWIRI

el árbol de la vida

RELATO PIAPOCO NARRADO POR FREDDY ROJAS





PRESENTACIÓN

Esta, una historia muy antigua sobre el origen de las plantas cultivadas en la Amazonia, me fue relatada por Freddy Rojas, líder del pueblo indígena Piapoco, a quien conocí en la comunidad de Coayare (en el bajo Guaviare), muy cerca a la estrella fluvial del Orinoco, un lugar único donde convergen los ríos Guaviare, Atabapo y Orinoco.

A raíz de un hallazgo en la zona de material cerámico y de otros restos atribuidos a los ancestros de los Piapoco, surgió una conversación en torno a la historia del territorio y su poblamiento por parte de antiguos grupos de la familia lingüística Arawak.

Inspirado por esa charla y otras reflexiones que surgieron meses después en una reunión de intercambio entre autoridades y educadores indígenas de Colombia y Venezuela en San Fernando de Atapabo, Freddy decidió narrarnos esta detallada versión del árbol Kaaliawiri, mito compartido por varios pueblos indígenas del norte de Sur América, cada uno con sus variaciones.

Kaaliawiri, el árbol de la vida nos cuenta cómo surgieron frutos como la yuca, la piña, la batata, el chontaduro, el maíz, el seje, la manaca y una gran variedad de alimentos que hoy son esenciales para millones de personas en el mundo y que, según estudios paleobotánicos y arqueológicos, son el resultado de un proceso de domesticación que han venido practicando incontables generaciones de hombres y mujeres indígenas.

Hace unos 8.000 o 10.000 años, en la región donde hoy está la gran selva amazónica, se vivió un largo periodo de sequía y solo

había áreas de vegetación abierta y sabanas donde apenas crecían algunas matas de monte. Para subsistir, los antiguos pobladores seleccionaron incesantemente variedad de plantas y semillas que sembraron hasta conseguir las especies que hoy conocemos; ese fue el inicio de la horticultura. Vinieron luego épocas de lluvia y, de la mano de la actividad humana, la selva comenzó a expandirse progresivamente hasta alcanzar su vasta extensión y su gran biodiversidad.

Para pueblos como los Piapoco, los Sikuani, los Amorúa, los Piaroa y los Curripaco, aquellas primeras semillas fueron sembradas en la serranía del Sipapo, alrededor del cerro Autana, en Venezuela. Y resulta ser que este cerro, un gran tepuy de más de mil metros de altura, no solo es la montaña tutelar de dichos pueblos, sino que también es uno de los centros de origen de las plantas cultivadas identificados por el sabio ruso Nikolai Vavilov, quien, a mediados del siglo pasado, estudió este y otros lugares de gran biodiversidad en la Tierra con miras a protegerlos y asegurar así la alimentación de la humanidad.

Además de contarnos dónde y cómo aparecieron esos frutos, el mito de Kaaliawiri da cuenta de cómo se organizó la vida social y productiva, y de cómo se desarrolló la técnica de la chagra o el conuco, que consiste en tumbar y quemar un pequeño ruedo en la selva para sembrar tubérculos, legumbres, verduras y árboles frutales que crecen en la tierra fertilizada por las cenizas de los árboles quemados. Después de cierto tiempo, la chagra se abandona, permitiendo el resurgir de la selva. Y en el suelo expuesto a la luz solar y a las lluvias, también aves, murciélagos, roedores y variedad de mamíferos siembran al esparcir en su estiércol las semillas de los alimentos que consumen. Así, humanos y animales se benefician, al tiempo que enriquecen la selva.

Por supuesto, en el relato de Freddy están personificados varios animales con distintos roles que hoy desempeñan mujeres, niños y hombres en sus comunidades. La danta, la lapa, el picure, la guacamaya y las hormigas fueron, a su vez, los abuelos de los actuales clanes del grupo Piapoco. De acuerdo con su tradición oral, al comienzo del mundo los animales y los seres humanos no se diferenciaban; todos eran gente y entre todos contribuyeron a cultivar la selva amazónica, caracterizada por Humboldt como Hylea amazónica: un gran organismo vivo, una red de ecosistemas integrados donde habitan e interactúan plantas, animales, humanos y, según el pensamiento indígena, también los espíritus dueños de la naturaleza, llamados yawirikai o curupiras, quienes vigilan el territorio y mantienen el equilibrio.

El relato de Kaaliawiri es, en conclusión, una rica muestra del sistema de conocimientos del pueblo Piapoco. Y, como todo mito, contiene saberes, enseñanzas y múltiples revelaciones: ¿Por qué el pájaro mochilero lleva un antifaz? ¿Por qué el mono de la noche tiene la panza clarita? ¿Por qué el caimán no tiene lengua? ¿Cómo surgieron la noche, la lluvia y las plagas? ¿Por qué el oso palmero tiene verrugas y por qué su cola parece un barretón? ¿Por qué las ardillas llevan en su pelaje el color del atardecer? Y, ¿por qué el cerro Autana parece el tronco de un inconmensurable árbol caído?

Dejemos que sean el mono Kutzi, la ardilla Materi, el pájaro carpintero Zúwa, el tucán Chase, el oso palmero Tsaalu y la guacamaya Atalú, además del jefe danto y otros entrañables personajes, quienes nos cuenten cómo fue que todo sucedió.

Francisco Ortiz

En sus comienzos, el mundo era muy pequeño. Comprendía la selva en la que Kuwaiseiri, el dios creador, tenía su maloca, su chagra y los caños donde instalaba sus trampas de pesca, o cacures. Los hombres y los animales no se diferenciaban unos de otros y eran muy unidos. Todos eran gente y hablaban el mismo idioma.

Kuwaiseiri los cuidaba como si fueran niños. Les daba comida en abundancia y ellos no tenían que preocuparse por nada. Dormían a cualquier hora, se bañaban en los ríos, comían, charlaban, daban paseos y jugaban. Pero nunca trabajaban.

Hasta que un día, Kuwaiseiri se aburrió de eso y decidió esconderles la comida: la piña, el plátano, la yuca, el chontaduro, el maíz; todos los alimentos quedaron en un sitio desconocido. Cuando la gente empezó a sentir hambre, unos y otros se dispersaron en busca de comida y se convirtieron en nómadas recolectores. Comían lo poco que encontraban: hongos, pepas, hojas y hasta palos podridos, pues en ese entonces solo había matorrales y la tierra era muy árida.







Después de mucho tiempo de caminar y caminar por campos secos, un grupo de gente llegó a la orilla del gran río Orinoco, Manua Mene, y allí establecieron un caserío, en medio de verdes árboles. Entre ellos estaba Kutzi, el mono de la noche. Era muy astuto e inquieto y fue el primero que salió a rebuscar comida al monte. Sus ojos eran muy grandes, por lo que podía ver bien en la noche, y era muy hábil desplazándose entre los árboles porque tenía una cola larga que le servía para agarrarse de las ramas.

Kutzi salía al anochecer a buscar alimento y cada vez se iba más lejos, por lo que comenzó a regresar solo hasta el amanecer, siempre muy satisfecho.



